

La construcción del yo estético en la posmodernidad

Jordi Bonaterra Carreras.

Màster d'Intervencions Socials i Educatives. UB

“de esta gran utopía unificante – que era utopía de unificación estética de la experiencia y aglutinaba diversas orientaciones tanto teóricas como políticas, confiriéndoles una actitud de distancia hacia aquello que Nietzsche llamaba 'el arte de las obras de arte', a favor del rescate revolucionario de toda la existencia -, no parece quedar hoy día gran cosa” (Vattimo G.; La sociedad transparente, Paidós, 1998).

Vivimos en un espacio en que la estética celebra su triunfo final vaciándose de obra de arte (Yves Michaud, citado en Fernández Mallo, A.; Postpoesía, Anagrama, 2009).

Introducción

La narración del 'yo posmoderno' deviene en la actualidad un acto heroico. En estos días donde el hombre posmoderno huye de la solidez del pensamiento, hacia otros territorios y encrucijadas donde el ser deviene más que proviene, cualquier adquisición subjetiva se convierte en un producto más de azares o contingencias. En la adquisición identitaria aprehenderíamos desde las construcciones del yo hasta las interacciones con el mundo para recrearlo, pero la atomización de estas relaciones externas hacen evidente la dificultad en detectar esas carencias en el sujeto porque el factor tiempo desencadena esa incertidumbre. El individuo deambula al azar de lo que le depara, ocupado como está de las demandas externas y sociales del consumo en mayúsculas, desintegrando su proceso de construcción individual – en la que sólo una minoría se implica – en las antípodas reales de lo que se observa en los procesos de individuación que se producen habitualmente en las identidades actuales.

Pero la característica principal que recogemos como herencia del siglo anterior – el de la irrupción del psicoanálisis, y el posterior auge del individualismo hedonista – convierte cualquier acto de apropiación subjetiva – en principio un acto de liberación y de autoconocimiento identitario – en un mero ejercicio rutinario y vacío, para enfangarse definitivamente en la identidad diferida de una estética preocupada por la forma externa sin el fondo que otorga contenido significativo. Por tanto, la preocupación por esas formas carentes de fondo transita cada vez más a valores que difieren de los criterios estéticos para poder llegar a fondos y a significados relevantes para el yo. Esta sería la idea de ser humano que provenían de los procesos del llegar a ser 'el ser que se es', o a la manera de Wittgenstein, vinculando la ética y la estética, como el fondo y la forma de los hechos fenomenológicos en franca coherencia con un sentido existencial que debe de alcanzar al 'ser que se es'.

La configuración del ser del sujeto actual – despojado del ser social que en tiempos se ideologizaba por pura pertenencia colectiva en las nuevas formas en las que nos asociamos – ha desarmonizado la posibilidad de crear en el individuo la necesidad de apropiarse de las búsquedas de sentidos o significados sobre sí. Configuramos un ser que se ve envuelto en un entramado de problemáticas que impiden cualquier proceso de reflexión, o de optimización del territorio del 'yo' que se convierte en terreno arenoso. La necesidad del consumo, de satisfacerla, y la desideologización del sujeto se sustentan mutuamente, a tenor de la situación que adquieren las relaciones humanas, instaladas cada vez más en la trivialización al ritmo que marcan los compases y acordes del mercado, e implican una falta de apoyos para el ser humano a la hora de crear procesos de construcción que glorifiquen a ese individuo que se forma y preforma a sí mismo. Hay algo en lo político y social que nos aleja cada vez más de entablar conversaciones privadas con uno mismo. Del lenguaje que lo configura hacia ese diálogo, el que constituiría la materia que lo posibilitaría. El mismo panorama desolador del mundo de la familia así lo atestigua, donde el individuo se ve abocado a un salvaje consumo de todas las formas de relación humana, donde los vínculos se han vuelto del todo vulnerables, donde aparecen fuerzas centrífugas, en las que el individuo que se separa lo más mínimo, puede verse expulsado de la cohesión grupal, la cual depende otra vez de las formas alejadas de significantes, y sólo cohesionadas por las formas de imágenes y costumbres ya instaladas en la más deprimente banalidad de esa configuración social por el perverso efecto globalizante del mercado.

Pero al margen de denuncias sociales y económicas, pretendemos desde estas páginas traspasar territorios desde los cuales posibilitar, dentro de los pantanosos panoramas en los que cabe navegar en la actualidad, lo que se podría relacionar con la 'voluntad de potencia' nietzcheniana hacia un concepto de persona con ideales estéticos – que antes procedían de los terrenos que abarcaban las bellas artes – desde postulados simplemente vitales en la vía autobiográfica. El individuo que se implica en su proceso de construcción y desde el sitio de como modelarlo en las nuevas formas estéticas que contribuyan a repensar las experiencias del yo. Antes de todo cabe profundizar en los aspectos del individuo en los que habría que fijar nuestra atención a causa de estos desvelos. En los procesos de construcción del 'yo', uno puede huir del convencionalismo descrito anteriormente en los que hay una rendija que se abre, como decía antes, si te deshaces de la presión social que suele resquebrajar el proyecto de formación de la persona. Si uno repasa las etapas de pasado buscando la aportación que tuvo en la configuración del 'yo' de los aspectos estéticos de la persona, verá como los elementos de nuestra acción como personas se van conformando con unos elementos clave en los que adoptamos las formas decisivas de cara al 'ser yo'. Esos aspectos bien detectados y formando una anatomía del proceso en que se fueron afirmando y conformando, pueden conducir al individuo al conocimiento de sí mismo, heurística que el sujeto no establece consigo mismo actualmente, por las dificultades ya reseñadas.

Pero actualmente tiene mucho más sentido para el individuo posmoderno escenificar esta ficción social. El 'ser yo' actual es la afirmación del probable o inerte interés, en el cual el individuo se mantiene – más que sustentarse se debería de decir – en la ficción social donde el simple hecho de subsistir – vuelve a aparecer el concepto conservador

– los elementos que estimulan el consumo y al mercado, pueden bastar y hasta saber a triunfo dadas las circunstancias. La ficción en la que nos instalamos no es el escenario ideal para forjar ni una coherencia interna, ni la consistencia necesaria para el individuo que habría de encontrar a la persona que se está insinuando, o los posibles desvelos en los que vaya transitando. Las apariencias devienen en la suerte de esquizofrenia vital en la que se sume el individuo posmoderno, entre las demandas en las que se añaden las ingentes y adocenadas masas, y ese interés que al modo que sabiamente Lev Tolstoi llamó los epicureos en su maravillosa 'confesión'¹. Esta es la 'vida desnuda'² a la que nos abocamos desde que nos adentramos sin remisión, como una renuncia implícita al decidir inscribirse como hombre posmoderno. Desde el plano consciente la libertad es mera utopía o libertad liberada de verídica auto-apropiación, y desde el plano inconsciente no hay realidad posible ya que la ficción o las huidas del posible 'yo' se hacen prácticamente ininteligibles. Por tanto la conciencia de establecer vínculo en la construcción del individuo, obliga a remar contra viento y marea, y a juzgar la experiencia consignada del humano desde el 'ser yo' después del horrendo siglo de la barbarie, con el consecuente shock múltiple a poco que se desarrolle un amor por la condición humana.

Por tanto, cabe deconstruir para posibilitar andar lo desandado o, lo que vendría a ser lo mismo, desandar lo andado quizá. Para ello, intuyo que es en los territorios del 'yo' en los que se podría – y se debería – generar las posibilidades para poder romper cadenas de la imposibilidad de apropiación y superar vergüenzas pasadas. La posibilidad de 'sobrevirtuar' la voluntad de potencia y la voluntad del ser deben de conllevar hacia orillas que nos impregnen contra esa deleznable dualidad entre ser y cuerpo que nos ahoga en ese mar de vida desnuda y nutritiva. Pero para ello hay que otorgar sentido a ese vacío contenido en el que nos hemos volcado hacia las culturas de la banalidad en las que el mercado ha encontrado sus agostos perpetuos. Por ello voy a hablar aquí de las imposturas que devendrían aquí verdaderos atrevimientos contra estas globalizadas y únicas formas de pensamiento que nos invaden de forma inevitable a los mortales a través de los 'aplastadores' medios de comunicación.

La posible estética que nos elevaría de este mar de vulgar monotonía, podría tratarse de viajar desde propuestas artísticas a través de esos caminos del 'yo' como mejor vía hacia la forma del hombre que se deduce de su búsqueda. Como propuesta que bien podría sustentar una nueva hermenéutica serían las que se concretaban desde la voluntad de potencia o el sentido desde el que Foucault y Deleuze coincidieron póstumamente – seguro que no por azar – sobre el sentido de inmanencia o la necesidad de volver al 'ser yo' como necesaria acción humana. En ellas espero ilustrar

-
- 1 Los epicureos son uno de los 4 tipos de personas que pueden acceder a la felicidad ya que no deben de preocuparse más que proveerse de la vida nutritiva sin tener en cuenta los dilemas vitales. Lev Tolstoi, *Confesión*,
 - 2 Término al que alude Agamben sirviéndose de diagnósticos de Lévinas a propósito de los totalitarismos siguiendo la idea de absoluta degeneración de la libertad humana: “Encadenado a su cuerpo, el hombre debe rechazar el poder de huir de sí mismo. La verdad, para él, ya no es la contemplación de un espectáculo extraño, consiste en un drama cuyo autor es el hombre mismo”. Emmanuel Lévinas, *Algunas reflexiones sobre la filosofía del hitlerismo*, Buenos Aires, Fondo de cultura económica, 2001, citado en Giorgio Agamben, *La Potencia del pensamiento*, Anagrama, 2008.

desde innovadas formas actuales en dichos caminos del yo, es decir, sus posibilidades desde las proposiciones estéticas que deben integrar cualquier componente del conocimiento que ayude a entender la existencia humana, tal y como parece que se están manifestando en la actualidad dichas formas.

Acceder al yo para la vida

Es la experiencia de la vida la mejor forma de afrontar el yo e interceder entre el sujeto de la conciencia y la voluntad de potencia hacia la que nos conducimos para 'sobrevirtuar' a la vida recuperándole y para recuperarle su antiguo fulgor. Pero antes de mostrar esta experiencia autobiográfica, querría ilustrar la versión que nos concede sobre la voluntad de potencia Agamben, porque sin duda va a enmarcar decisivamente el momento en el que nos vamos a referir a ella, utilizando el siguiente fragmento tardío de Nietzsche como búsqueda del propio devenir en la experiencia del yo en la que encontraremos sin duda nuestra implicación: *“Recapitulación: imprimir al devenir el carácter del ser: ésta es la suprema voluntad de potencia: doble falsificación: a partir de los sentidos y a partir del espíritu, para mantener un mundo del ser, de la persistencia, de la equivalencia [Gleichwertig]. Que todo retorne: he aquí la extrema aproximación de un mundo del devenir a un mundo del ser”*.³

Doble proceso de un concepto que curiosamente aparece en su acepción negativa con mucha frecuencia en la actualidad al definir el desvínculo social del hombre moderno ante sus públicas instituciones en la ya célebre desafección. La autoafección pura a la que alude Nietzsche sería un proceso de tensión y potencia pasiva y activa. La paradoja del ser recogida por el autor muestra muchas de las instancias en las que se iba a encontrar el ser al acoger el dilema del ser. Los caminos que conducían a la experiencia necesaria, y ésta se encuentra en la acción, es decir en el acto, y por tanto traducido como vida desde la estética, se encuentra en el propio peso de la obra que es la verdadera responsabilidad del artista o creador y en la espontaneidad que en materia estética es la que evita la posible falsificación que se hace plausible si se hace imagen al margen de la experiencia del ser. Por tanto la responsabilidad en este caso es el acto honesto, como reflejo apasionado de acción y reacción, siguiendo los dos sentidos aristotélicos de *dýnamis* que enlaza en el concepto de voluntad de potencia, como concepto de acceso a la verdad del yo, como autoafección pura, en ejercicio de la totalidad del yo. Es éste pues uno de los conceptos que acogía el lejano romanticismo nietzschiano de finales del siglo XIX y que aparece en los preceptos bien vigentes hoy en la nueva apertura ejercida por Giorgio Agamben, verdadera invitación a lo que hemos ido concitando a través del poder eterno del humano, o al puro eterno retorno que supone un ejercicio estético del arte (en este caso el de un proceso de escritura del

3 Fragmento tardío de Nietzsche que es recogido por Giorgio Agamben definiendo una paradoja desde la cual el devenir es falsificación pero que se interpreta desde el autor así: *“la voluntad de potencia es wille zur gleichheit, voluntad de una semejanza pura sin sujeto ni objeto: imagen de sí, impresión sobre sí, autoafección pura. Lo que el círculo vicioso de eterno retorno reconduce eternamente, no es por lo tanto un vitium, un defecto y una falta, sino un virtus, una dýnamis y una potencia infinita. Potencia que, estando privada de sujeto y objeto, sobre sí misma, y por lo tanto une en sí ambos sentidos de la dýnamis aristotélica: potentia passiva, pasividad y receptividad y potentia activa, tensión hacia el acto y espontaneidad”*. Giorgio Agamben, *La Potencia del pensamiento*, Anagrama, 2008. pág. 349-351

yo) en lo que refiere al compromiso de toda una obra por el simple hecho de plantearse, por el simple hecho apuntado desde la voluntad de potencia. En este tiempo de individualismos salvajes sin compromiso más que el que se concede al perfeccionamiento personal, cabe utilizar todos los medios posibles e imágenes de ese eterno retorno, pero trataré de sintetizarlas siguiendo la vía abierta por Agamben. Es lo que en apariencia adquiere más valor, en este tiempo de oscuridades humanas y en las ausencias de responsabilidad, la necesidad de despertar a la conciencia.

Hecha esta previa puntualización sobre la voluntad de potencia desde el acto y la espontaneidad, quería vincular finalmente a lo tratado en el principio de este texto, otro modo factual de conjuntar esta energía creativa a partir de la apropiación y localización de voz y vocación, que es la que debe conectar con la esencia de cada ser, es decir la de su deseo. Voz como 'estética creativa narradora o de escritura'⁴ y vocación espontánea, verdadera entrega del discurso que surge de esa voz, que emerge de la profundidad del 'yo' como manifestación de lo que en ese interior emocional se concita en la interacción exterior. De esta visión y de su lectura aparece un registro de voz que fluye en espontánea permanencia, si hay la tonalidad, la intensidad, el ritmo y una relación con el contenido que protege esa voz, que en una expresión general armónica entre ellos, puede implicar para el individuo ese valor añadido que debe generar el movimiento hacia la potencia del 'yo'. Desde el compromiso, originando la opción de transformación – o como mínimo planteando la idea de cambio o de crecimiento continuos – posibilitamos una nueva idea abierta del 'yo' que se conduce, que se abre a la apertura, que se plantea la mejora constante o como citó Merleau-Ponty otro autobiógrafo ilustre: "Aspiro a ser la más lograda versión de mí mismo". Para esto cabe realizar toda la celebrada acción a la que nos referimos a lo largo del texto. Para mí lo que más se acerca a ello y que mejor puede resumir todo acto de responsabilidad, de espontaneidad, de amor y de generosidad, es la naturalidad del mismo vivir, desde la propia voz, de lo que sientes sobre tu propia vocación, evitando nuestras ficciones, falsificaciones, acercándonos a nuestra luz y sombras, contemplando nuestra existencia para llenarla de plenitud, de contenido significativo, de lo que toque de vivir con la energía rebosante del significado que nos otorgue el sentido que nos represente como humanos y que pueda ilustrar de esta manera a otros. Por ello, en un momento histórico de 'vidas desnudas', de vacuidad, de totalitarismos o de obsesiones por la seguridad – la pública o privada, qué más da – , quien puede acercarse a una visión más estética de la existencia debe de hacerlo por medio de conceptos que ensanchen el juego de la vida, ampliando no sólo su territorio, sino sus reglas, sus fracasos, sus veleidades o sus dudas o desvelos. Tal y como vemos en la sociedad de la inseguridad y la desconfianza, cabe abrir campos a la cooperación humana, invitar a la pasión, dudar una vez más de la epidérmica razón y promover otros discursos que se alejen de lo que tenemos detectado que nos conduce al fracaso.

Hay algo demasiado significativo en la advertencia en señalar el sentido de inmanencia en el texto – de Deleuze y Foucault conjuntamente – póstumo en el caso de éste último. Hay una relevancia que hay que tomar como clave en la exigencia estética del

4 Al modo en que nos ilustró igualmente Bajtin en un acto estético y actitud creadora a partes iguales hacia la totalidad del individuo. Mijail Bajtin, *Estética de la creación verbal*, siglo XXI editores, Madrid, 1982

hombre posmoderno. Lúcidamente surge un humano extremadamente errático, punto ni mucho menos negativo – ya que el sentido de la vida como una errancia presenta la analogía del camino, que encuentra en sus meandros o vacíos, oportunidades de agarrarse a ella – hecho que impulsa a la condición humana al crecimiento y a la voluntad de potencia. Son pues ésas errancias focaultianas⁵ las que suponen la constatación de superación del panorama epistemológico que se interpreta en la necesidad de apoyarse en las posiciones 'erráticas' del hombre para permitirnos hacer acercamientos a nuevos preceptos regeneradores. Pero al margen de los nuevos escenarios en referencia a la posición científica actual del hombre en relación a la verdad, lo que nos interesa aquí es promover nuevas formas que se adquieren desde lo desconocido, ya que se pone en escena una nueva tendencia en lo que llama Deleuze la inmanencia del deseo a sí mismo.

Ya hemos expuesto el territorio eminentemente necesario que constituye el 'yo interior' para 'ofrecer-se' al otro desde una nueva exposición poniendo en juego nuevas realidades, pero lo que aparece aquí en la inmanencia (como un brotar, un fluir en la emoción) el deseo como expresión de vida, es lo que encarna ese deseo primero de vivir en la experiencia del yo, haciendo vivencia de ese individuo que goza, padece, siente, erra y, persevera, es decir inscribirse-inscribiéndose en la búsqueda del propio ser, en el ser completo que se trasciende constantemente porque ilustra el eterno retorno del que hablaba Nietzsche o el del sentido de totalidad al que aludía Bajtin. En realidad el yo del individualismo – que no el de la individualidad que el humano posmoderno ha falseado por el de la identidad mal entendida – necesita un proclamarse, un recrearse para descubrirse, para desandar los pasos que hemos avanzado como huida hacia adelante, en la que el humano olvidó la vida en una alforja que se quedó en el camino. Esto se constata claramente en las relaciones humanas en las cuales la comunicación – verdadero interés común de los individuos – fracasa una y otra vez.

Quizá en las enseñanzas de los que nos precedieron se pueden claramente tomar las aportaciones más relevantes, pero al nuevo contexto le cabe una nueva enseñanza donde el individuo se subjetive desde otros puntos de vista y desde soportes bien diferentes a las biopolíticas – que nos mostraba Foucault en su legado fenomenológico – o a las muestras culturales que disponemos como marcas de consumo bien alejadas de los preciados tesoros estéticos que cabe 'reconstruir' como nuevo patrimonio de la humanidad del futuro. Quizá entre tanto equivocarse y 'errar' en el mar de soledad humano, aprendamos el valor de perseverar y 'brota' un ser que crece a partir de sí.

5 “Al límite la vida (...) es lo que es capaz de error (...). la vida acaba haciendo un viviente que no se encuentra nunca completamente en su lugar, un viviente que está destinado a 'errar' y a 'equivocarse'. (...) Al arrancar al sujeto del cógito y de la conciencia, lo radica en el terreno de la vida; pero se trata de una vida, que en la medida en que es esencialmente errancia, va más allá de lo vivido y de la intencionalidad de la fenomenología: ¿no será que toda la teoría del sujeto debe de ser reformulada, ya que el conocimiento, más que abrirse a la verdad del mundo, se arraiga en los “errores” de la vida?”. Michel Foucault, *Dits et écrits*, bajo la dirección de François Ewald y Daniel Defert, vol.4, París, Gallimard, 1994, pp.763-777. Aparecido en Giorgio Agamben, *La Potencia del pensamiento*, Anagrama, 2008. pág. 389